

## FESTIVIDADES RELIGIOSAS.



Una procesion en el campo.

## LAS ROGACIONES.

EL HIJO DE LAS ROGACIONES.—SU ORIGEN.—LA PROCESION.

En este mes son las rogaciones. En el momento en que llegará nuestro número á los campos y á las aldeas, sus moradores, convocados por el tañido de las campanas, se reunirán en la iglesia parroquial y desde allí la procesion

SEGUNDA SERIE.—1855.

se dirigirá hácia los campos de alrededor. Admirable y sencillo cuadro. La cruz de plata brillará á los rayos del sol y el pendon flotará al aire, los sacerdotes con sus sobrepellices, unidos á los monaguillos, llaman por sus nombres á todos los santos del paraíso, y la multitud repite en coro *ora pro nobis*, rogad por nosotros!

¡Rogad por nosotros! es decir, ¡vosotros que habeis sido labradores y paisanos como nosotros, porque Dios toma sus elegidos en todas las clases de la sociedad, vosotros los que habeis conducido á los hombres con el báculo pastoral, vosotros los que habeis sufrido hambre y sed, calor y frio, vos-

AÑO XXI. 43.



otros los que habeis vertido un sudor de sangre sobre los cadalsos del martirio, bendecid desde lo alto nuestros surcos, nuestros rebaños, nuestros trabajos y nuestros sudores! Obteneid del Creador que nuestras simientes germinen bajo la nieve del invierno, nuestros trigos crezcan bajo las lluvias de la primavera, que nuestras espigas se doren bajo el sol del estío, nuestros racimos engorden bajo el rocío del otoño.

Esta procesion recorre los campos repitiendo el nombre de los santos de mas particular devocion del pueblo por tres veces, parándose delante de los sembrados, de los prados y de las fuentes, y al fin, al volver, suelen pararse en muchas partes en el último campo, en el Santo, donde se ora por los labradores que alli reposan de sus trabajos.

En una aldea de Francia, Belbick, seguí yo la procesion de las rogaciones, orgulloso con marchar al lado de los infantillos de coro con sus albas blancas y cíngulos encarnados. Tenia la procesion en este país un aire de gran solemnidad; de trecho en trecho habian establecido en el campo altares para hacer en ellos un descanso ó estacion. Lo que me llamó mas la atencion fué un jóven vestido con un traje de terciopelo galoneado de oro, tal como lo llevaban los señores del tiempo de Luis XIV.

Marchaba detrás del púlpito con una hacha de cera en la mano, rodeado de la gente mas notable de la parroquia.

—¿Quién es ese gran personaje? pregunté á mi vecino.

—Ese gran personaje es un espósito, es el hijo de las rogaciones. Ya os contaré esa historia concluida que sea la ceremonia.

Acrecentóse aun mas mi curiosidad cuando hube entrado en la iglesia. El cura hizo un discurso al jóven desconocido tan patético, que arrancó el llanto de todos. Despues le entregó con su bendicion un cesto lleno de oro y de pergaminos que tenian mas de un siglo.

Juzgareis si volveria yo á insistir en mis preguntas. Ved aqui, poco mas ó menos, lo que me contó un hombre de cerca de ochenta años, que era el decano de los habitantes de la aldea.

Hará cerca de ciento cincuenta años, mi abuelo, chico entonces como vos, seguia en Belbick la procesion de las rogaciones como la seguimos hoy. De repente, en medio de un campo se paró la comitiva. Mi abuelo, que iba delante con la cruz, acababa de ver y enseñar al cura un cesto envuelto en lienzo blanco y depositado en un surco cerca del camino. Un lastimero gemido salia de él. Conmovido con un caritativo presentimiento, inclinóse el sacerdote, abrió el cesto y halló de él un niño que habia nacido la víspera.

Agolpáronse todos los fieles alrededor con compasion los unos, con indignacion los otros.

—Amigos, les dijo el cura tranquilizándolos y tomando el niño en sus brazos; en lugar de juzgar una accion humana sin conocerla, cumplamos y completemos la obra divina que el cielo parece confiarnos. Quien quiera que sea este niño abandonado, robado tal vez al amor de una madre, pues que se halla en el camino de Dios, adoptémosle todos en su nombre, llevémosle á la iglesia, donde voy á bautizarle, y llamémosle, en recuerdo de este dia, el *Hijo de las rogaciones*.

—¡Sí! ¡sí! respondieron los hombres con una sola voz, en tanto que las mugeres se disputaban el servir de madre al huérfano.

La procesion continuó su camino con una criatura mas en sus filas. Acabado el bautismo al sonido de todas las campanas, el hijo sin familia fué el hijo de la aldea entera. Confiósele su custodia á mi abuelo, que lo crió con mi padre y mis tíos, é hizo de él un honrado y valiente labrador.

El huérfano, que tenia diez y ocho años, era ya el mejor mozo y mas entendido de la comarca, y estaba destinado á una suerte mas brillante. Marchó un dia á la guerra y nose volvió á oír hablar de él sino en las veladas en que las nodrizas contaban lo que yo acabo de decir... Veinte años despues el mayordomo de un rico personaje que llamaba á su amo el señor de Belbick, del nombre de nuestra aldea, llegó para comprar el castillo inmediato, cubrió todas las pujas y se lo hizo adjudicar. Despues anunció que el señor de Belbick no tardaria en venir á instalarse en su nueva posesion.

El nombre y la importancia del nuevo castellano, sus trenes y sus criados que le habian precedido, habian puesto en conmocion á toda la poblacion... Cada dia miraban sobre el camino y nada aparecia... nada se vió llegar hasta el dia de las rogaciones.

Entonces únicamente, en el momento en que salia la procesion de la iglesia, una dorada carroza se detuvo en la plaza, bajó de ella un hombre de edad madura con un vestido menos hermoso que su rostro. Despidió su carnage, tomó una vela que llevaba el sacristan, á quien dió una moneda de oro, y siguió la procesion á pie como todo el mundo. Todos se hallaban turbados á su aspecto, sin saber por qué, y mas que nadie el cura y mi abuelo, cuyos ojos debilitados por la edad contemplaban al desconocido con asombro... Aquel, por otra parte, no se hallaba menos conmovido y de tiempo en tiempo su bordado pañuelo enjugaba las lágrimas...

Llegados al sitio que desde hacia treinta y ocho años se llamaba el sitio del Espósito, la procesion hizo una parada segun costumbre. El cura, de pie sobre el surco del huérfano, recordó, en un discurso mas patético que nunca, la historia de que muchos habian sido testigos, y que ninguno habia olvidado. Despues recomendó á las oraciones de todos al hijo adoptivo de la parroquia...

—¿Ese hijo, que tal vez no se acuerda mas de nosotros!

Acabó de decir, y volviéndose á su pesar hácia el desconocido...

—¿El se acuerda siempre! respondió una voz sofocada por el llanto...

Y el señor de Belbick (porque era él) se arrojó en los brazos del anciano sacerdote...

—¡Aqui, padre mio, añadió, debia y queria daros cita, cerca de este surco donde me habeis hallado y recogido en mis pañales. Si, yo soy el hijo de las rogaciones, el hijo de todos vosotros, amigos míos! La Providencia ha bendecido vuestra obra; yo traigo á cada uno de vosotros la gratitud por la parte de estas bendiciones. Despues de la procesion venid todos á mi castillo y os contaré mi historia y os daré á conocer mi voluntad.

Atravesó las filas estrechando las manos de todos continuando la procesion su camino con una nueva alegria.

Una hora despues la parroquia entera con su cura á la cabeza, se hallaba reunida en el castillo. Al fin de una alegre y espléndida comida el señor de Belbick cumplió su pa-



labra contando su historia. Sus primeros hechos en la guerra de Holanda, habían fijado la atención del czar Pedro el Grande. Le había llamado éste á su servicio y lo había enviado con treinta mil hombres contra Carlos XII, rey de Suecia. De victoria en victoria, había llegado hasta Pultawa, donde su valor había concluido, á la vista misma del emperador, la derrota de su rival. Entonces Pedro el Grande le había colmado de bienes y le había dicho:

—Si deseais alguna cosa, pedídmela...

—Quiero llevar el nombre de mi aldea y volver á ella, había respondido el señor de Belbick.

A pesar suyo, y del gran sentimiento del czar, le otorgó éste su petición.

—Ved aquí cómo he vuelto en medio de vosotros, dice el hijo de las rogaciones. Ved aquí al presente cuarenta mil duros, cuya renta será entregada cada año, el día de las rogaciones, al huérfano de la parroquia que el señor cura estime mas digno. Deseo que lo reciba al volver de la procesion en este cesto en que fui recogido desnudo y abandonado, á fin de dar á conocer así, que la Providencia coloca todos los bienes en la cuna del pobre, cuando su valor y su perseverancia saben hacerlos salir de ella.

Terminó de hablar citando á toda la parroquia todos los años á igual día, en tanto que viviese.

—Al presente, me dijo el anciano que me contaba esta historia, comprendereis por qué la fiesta de hoy es mas solemne en nuestra parroquia y en nuestro pueblo que en ninguna otra parte. Habreis comprendido quién es ese jóven que llevaba en medio de nuestra procesion el rico vestido antiguo del señor de Belbick y recibia cuarenta mil reales en oro en el cesto del hijo de las rogaciones. Es el ciento cincuenta y un huérfano elegido en la parroquia por los sucesores del padre adoptivo de nuestro castellano.

Se hacen sobre el papel grandes proyectos de instituciones filantrópicas. ¿Conocen nuestros lectores muchas que valgan tanto como la sencilla fundacion del señor de Belbick.

Ella ha realizado el mas hermoso sueño de los mas osados utopistas. Ha suprimido la miseria en esta comarca á la sombra de la cruz de plata que el mes de mayo pasea sobre sus campos.

La fiesta de las rogaciones trae su origen desde el siglo V. San Mamerto era entonces obispo de Viena en el Delfinado. Todos los azotes, todas las calamidades habían seguido á los borgoñones sobre aquella parte de la Gaula. La primavera no traia mas que lluvias, sequedad el verano, inundaciones el otoño y el invierno. Cometas aparecian en el cielo: la tierra con sus temblores hacia vacilar las casas; oíanse de noche extraños ruidos y lamentables gritos. Contábanse en las plazas públicas, visiones é incomprensibles fenómenos. Los hombres, en el mayor desaliento, no trabajaban diciéndose: ¿Para qué hemos de trabajar, si Dios se ha separado de nosotros? Ni aun se defendian contra las bestias feroces, que envalentonadas con su terror, recorrían impunemente los campos y llegaban hasta las puertas de las ciudades á desenterrar los muertos en los cementerios.

Viendo San Mamerto sucederse el estupor al terror, y la

desesperacion al estupor, juzgó que no bastaban ya á tantos males los remedios ordinarios.

Juntó á su pueblo, les contó que Nínive, mas castigada aun que Viena, se había salvado por la penitencia: despues, quitándose su calzado y arrancando su estola, se puso al cuello una cuerda cual un criminal, tomó una cruz de madera en lugar de su cruz de oro, y con voz inspirada que electrizó su rebaño:

—Seguidme, hijos míos, esclamó, vamos á conjurar la cólera divina.

Bajó del púlpito y se puso en marcha por la ciudad. Toda la población se lanzó en pos de él. Invocó por su nombre á Dios Padre, á Jesucristo, á la Virgen y á cada uno de los santos, y á cada grito respondian los fieles: ¡oidnos! ¡rogad por nosotros!... Desde la ciudad se esparció por los campos. La multitud se iba aumentando, la diócesis entera se puso en movimiento y durante los tres días que preceden á la fiesta de la Ascension, los piadosos clamores de todo un pueblo forzaron, por decirlo así, la misericordia de Dios.

Las rogaciones de San Mamerto, llamadas así en un principio, produjeron maravillosos efectos, siendo adoptadas sucesivamente por los obispos de las Gaulas. San Cesario obispo de Arlés, que presidió el año 506 el concilio de Agde, ha hablado de *las rogaciones* de San Mamerto de una manera que hace creer que se hallaban establecidas en su tiempo en las provincias de las Gaulas bajo la dominacion de los visigodos. Fueron recibidas tambien, hácia el principio del VI siglo, en el resto de las Gaulas que componian los estados de Clodoveo I, rey de Francia, y desde este tiempo jamás se ha interrumpido su práctica y observancia en las iglesias de Francia. Pasó á España en el VII siglo, y á Roma á fines del VIII en el pontificado del papa Leon III. Desde el principio no se trabajaba en los tres días, pero bien pronto esta obligacion ha quedado reducida á solo la asistencia á las procesiones y á la misa.

La religion, añade el autor del *Genio del Cristianismo*, el celebre Chateaubriand, no ha querido que el día en que se pide á Dios los bienes y frutos de la tierra fuese un día de ociosidad. Despues de la procesion cada cual torna al trabajo. ¡Con qué esperanza penetra el arado en el surco despues de haber implorado á aquel que dirige el sol y que guarda en sus *tesoros* los vientos del Mediodía y las fértiles lluvias! para acabar bien un día tan santamente comenzado, los ancianos de la aldea vienen al anochecer á conversar con sus hijos á la puerta de su casa. La luna espaae entonces sus últimas armonías sobre esta fiesta que trae todos los años el mes mas dulce y el astro mas misterioso. Créese oír por todas partes germinar los granos en la tierra y crecer y desarrollarse las plantas. Voces desconocidas se alzan en el silencio de los bosque como el coro de los ángeles campestres cuyo socorro se ha invocado, y los acentos del ruiseñor resuenan en los oídos de los ancianos sentados no lejos de los lugares que han de ser su sepulcro. Algunos pretendidos espíritus fuertes se rien de estas procesiones que han inspirado á uno de los mas grandes genios de nuestro siglo.

Presentamos en el grabado que acompaña á este artículo, la procesion de las rogaciones en medio de la cual tuvo efecto la fundacion hecha por el señor de Belbick en la aldea que le había adoptado por hijo y recogido en su horfandad.



## LA PROCESION

Bellos son los templos santos  
Con miles de luminarias,  
Cuando en su recinto, varias  
Se elevan, en suaves cantos,  
De los fieles las plegarias.

Cuando toda el alma amante,  
De las luces el fulgor,  
De las preces el rumor,  
Dice: ¡Dios está delante!  
¡Adora á Dios, al Señor!

Pero hay momentos en que  
Mas bellos son todavía;  
Cuando en un solemne día  
Una procesion su fé  
Rinde al hijo de María.

Mirad, ¡oh fieles! mirad  
Ese espectáculo hermoso,  
Hermoso y santo en verdad...  
Mas las frentes inclinad  
Que sale el Señor glorioso!

Sale ya la procesion  
Lenta, solemne, brillante  
Abrese el templo; delante  
Va de nuestra redencion  
Alzado el signo triunfante.

Abre la marcha una cruz,  
De la procesion cual guia.  
¡Oh sublime alegoria!  
Tambien ella es nuestra luz  
Del mundo en la áspera via.

Luego dos largas hileras  
Caminan á entrambos lados,  
Junto á la cruz las primeras,  
De niños desamparados  
Y de pobres incluseras.

De María el estandarte  
Sigue á los huérfanos niños,

Porque con la cruz comparte,  
¡Oh infancia! para guiarte,  
El cuidado y los cariños.

Del real pendon en pos  
Van luego de dos en dos  
Los que sufren, los mendigos,  
Los infelices, ¡de Dios  
Los verdaderos amigos!

Y es para significar  
Que tienen los desvalidos  
Privilegiado lugar,  
Junto á la Estrella del mar  
Madre de los afligidos.

Mas ¿qué suaves acentos  
De pronto pueblan los vientos?  
¿Es la voz de los Querubes?  
De incienso entre vagas nubes  
Suenan dulces instrumentos.

¡Hincad, fieles, la rodilla!  
Bajo purpúreo dosel  
¡El Santo, el Dios de Israel  
Está delante!... ¡Cual brilla  
Todo en torno! ¡Es él! ¡Es él!...

¡Hossana! ¡hossana! ¡Jehová  
A todos siguiendo va,  
Cual sigue desde su altura  
Los orbes... ¿Qué criatura  
Su mirada evitará?

Todo en nuestra religion  
Encierra algun pensamiento  
Para quien medita atento.  
¡Meditad la procesion,  
Y en ella á cada momento  
Hallareis una leccion,  
Bien para el entendimiento  
O bien para el corazón!

## ESTUDIOS HISTORICOS.

## EL PARAGUAY.

Su conquista por los españoles.—Misiones y gobierno de los jesuitas.  
—Revolucion del Paraguay.—El doctor Francia.—Estado hoy del Paraguay.—Su actual presidente don Carlos López.—Razas de que se compone la poblacion.

Entre las antiguas provincias del Rio de la Plata, hay una que en todos los tiempos, sin escitar un vivo interés,

ha despertado al menos la curiosidad de la Europa. En el siglo último se oyó hablar del Paraguay por el ruido que hizo en el mundo filosófico y religioso la noticia de un estado fundado por los jesuitas en medio de tribus salvajes, y en el mundo sabio por la singularidad de un déspota que durante veinte años hizo de su país la China de la América. A estas dos causas de aislamiento, debe la nueva república del Paraguay el sello de originalidad que la distingue de sus efímeras hermanas que baña el río de la Plata.



Colocada en el centro de un vasto llano donde nacen los magestuosos rios de la América del Sur, el Paraguay se



Indios robas.

encuentra encerrado de un lado por los bosques virgenes del Brasil, y de otro por las soledades de Chaco: la Providencia le ha dejado, por única via de comunicacion, el hermoso rio que lo atraviesa de Norte á Sur. Despues de una carrera de doscientas leguas, el rio Paraguay viene á engruesar el Paraná y ruedan juntas sus aguas turbias por un espacio de doscientas cincuenta leguas antes de ir á perderse en el mar... He aqui la inmensa estension de agua que recorrió aquel puñado de valientes aventureros españoles cuando en 1670 pusieron los cimientos de la ciudad de la Asuncion. Despues de muchos establecimientos destruidos por los indios, y muy pronto vueltos á reconstruir por nuevos españoles que llegaron á aquella region, resolvió la España aplicar el sistema de colonizacion que en tan poco tiempo le adquirió el dominio y posesion de un mundo entero.

Se comprende la violencia y la crueldad que en un principio pusieron en uso estos señores absolutos para arrebatár á los indios el oro que sacaban de las cordilleras de los montes: cuando fueron despojados de sus débiles riquezas, cuando los ganados venidos de España y ya nume-

rosos reclamaron con la agricultura el socorro de brazos, los capitanes generales explotaron una nueva y rica mina: la de la esclavitud. Arrastrados sobre esta pendiente rápida y resbaladiza, no pudieron detenerse á menos de encontrar un obstáculo de bronce como la ley, ó una mano dulce y firme como la de la religion. En este estado estaban las cosas cuando los padres de la compañía de Jesus pidieron á Fernando, rey de España, autorizacion para convertir y catequizar los indios del Guaranis. El rey otorgó á los jesuitas el derecho de gobernar y de instruir sobre las márgenes del Paraná y del Paraguay á los indios convertidos por su celo... Los padres jesuitas salieron de Buenos-Aires sobre débiles piraguas, llevando por único emblema una cruz de madera: subieron el Paraná cantando sus mas hermosos cánticos, tendiendo á los salvages agrupados sobre la orilla una mano amiga, y ofreciéndoles por toda arma el signo de la redencion. Mas de una flecha vino á apagar la voz de algun santo cantor; pero sus hermanos, inflamados á la vista y con la esperanza del martirio, continuaban sus piadosos conciertos. Los salvages admirados soltaban sus arcos, dejaban caer sus flechas y seguian á lo lejos el debil esquite;



Mugeres del Guaranis

en fin, aproximándose poco á poco á sus piraguas, concluyeron con mezclar sus cánticos sencillos á los cánticos de



los soldados de Dios. A cada instante se aumentaba la comitiva: los primeros indios, atrayendo á sus hermanos como nuestros pájaros domesticados atraen á las redes del cazador los pájaros salvajes, concluyeron por formar una multitud inmensa, conmovida, enternecida, en medio de la cual desembarcaron los jesuitas dando gracias á Dios, y plantaron, en señal de conquista, la cruz que acababa de conseguir tan señalada victoria.

Después de haber atraído estos pájaros feroces, fué preciso saber retenerlos para que no se escapasen: aquí fué admirable en esto el genio de los jesuitas: por la pompa del culto católico celebrado bajo la bóveda de bosques vírgenes, entusiasmaron la imaginación poética de estas poblaciones: por sus cánticos, por su dulzura, supieron enternecerlos y fijarlos. Así la cruz que antes se alzaba solitaria, abrigó bien pronto una aldea cristiana. Cada día venían nuevas familias indias á colocarse cerca de sus hermanos y á recibir el bautismo. Los jesuitas reinaban ya sobre una numerosa población cuando llegó de Roma la célebre organización de las misiones. Cada antigua capitania recibió el nombre de misión, dividiéndose en muchos distritos. En estos nuevos establecimientos, los indios, conducidos por los padres jesuitas, fueron á edificar sus cabañas sobre los escombros de los fuertes que poco tiempo antes ellos mismos habían destruido y abandonado.

Los medios de civilización empleados por los jesuitas, fueron enteramente opuestos á los de los capitanes generales. El temor y el respeto fueron su sola defensa, la dulzura y la caridad sus solas armas. En un sitio encantador bajo la sombra de árboles tan viejos como el mundo, construyeron, como por encanto, humildes cabañas bañadas por el río. En medio de la aldea, una ancha plaza cuyos almacenes y talleres comunes formaban los lados, mostraba por todo monumento una modesta capilla cuyo campanario levantado en medio de las palmeras y árboles floridos, llamaba al primer cántico de los pájaros, á los indios á sus deberes de cristianos y á sus trabajos.

En este nuevo estado todas las riquezas eran comunes y los productos del cultivo entregados en el presbiterio, eran por el cuidado de los jesuitas, llevados al exterior en cambio de productos extranjeros que repartían en seguida en las familias según el trabajo y el número de cada una de ellas: la tierra se hallaba dividida en suertes y las familias, dirigidas por un agricultor instruido, las labraban. Este trabajo bastaba á sus necesidades. Había además un vasto terreno público, llamado Campo de Dios, el que era cultivado en común. El producto de esta explotación se destinaba á suplir las malas cosechas ó á mantener los enfermos é imposibilitados. A los siete años, los niños, después de ser examinados por los misioneros, eran dedicados con la mayor sagacidad á la carrera á que manifestaban mayor inclinación y capacidad. Guiados por la mano de los religiosos, estas poblaciones vivían felices, sin necesidades, sin deseos, sin cuidados.

Bendecían su dulce tutela cuando la España y el Portugal, cansados de las disputas que ocasionaban los límites de sus conquistas, hicieron una partición en que las misiones españolas pasaron á la posesión del extranjero. Armados y conducidos por sus padres los indios combatieron largo tiempo; empero bien pronto, vencidos por las armas y la táctica europeas desaparecieron dejando en la histo-

ria una página sublime, y en la filosofía una victoria mas para la religion de Cristo.

Las misiones han sido en este siglo y en el siglo anterior objeto de los ataques de muchos filósofos, los unos han querido ver en ellas las bases de un estenso estado teocrático, los otros el manantial de un hipócrita y lucrativo comercio. No nos permitiremos juzgarlos; sin embargo, su recuerdo despertará en el alma del sabio tristes pesares para la ciencia: en el corazón del poeta emociones semejantes á la que inspiran bellas ruinas.

Después de la desaparición de los indios y la espulsion de los jesuitas, el Paraguay volvió á caer en la barbarie. Llegó la época en que el espíritu de libertad que se había extendido por la Europa, salvaba los espacios del Océano para arrebatar á la España los florones americanos que adornaban su corona. El Paraguay contribuyó como las demas provincias á sacudir el yugo de la metrópoli, y cuando después de cuatro años de lucha adquirió la independencia, fué preciso que cada ejército volviese á su estado donde se hallaban rotos todos los resortes de organización y gobierno.

La energía de un solo hombre salvó al Paraguay de los horrores de la guerra civil: el doctor Francia, que habían llamado al poder sus luces y sus talentos, supo bien pronto cambiar la potestad temporal del consulado en una dictadura vitalicia. Discípulo del exclusivismo de los jesuitas, el nuevo dictador tuvo por primer cuidado prohibir la entrada en su país á todo extranjero, á toda procedencia extranjera, y aislarse en medio de los desiertos de la América del Sur. Desgraciado el extranjero que atraído por el amor de la ciencia pisaba el radio donde se ejercía la potestad del doctor Francia. Quedaba prisionero por toda la vida.

Compréndese fácilmente que con tal aislamiento el comercio concluyó por cesar absolutamente, los capitales desaparecieron, y las piraguas que antes cargadas de los productos del Paraguay surcaban los vastos ríos de la América del Sur, inactivas hoy y amarradas en las márgenes de los ríos, se secaban dejando abrir sus maderas con los ardores de un sol tropical. La población, que no animaba ninguna esperanza, que ya no consolaban la fé y la religion proscritas también por los decretos del dictador, pasaban en la pereza y en la languidez de un clima enervante las horas consagradas al trabajo en otro tiempo. Esto era lo que quería el doctor Francia: llegado á la cúspide del mayor despotismo que puede imaginar el hombre, teniendo solo en sus manos la balanza de la justicia y la espada del ejército, quiso despertar en su pueblo la esperanza de una industria ó de un comercio enteramente nacional. Agobiado entonces por la edad, atacado por una enfermedad de estómago, resolvió reinar si no por el amor, al menos por el temor. Desde este día datan esas ejecuciones, esos encarcelamientos dirigidos siempre sobre las cabezas mas inteligentes ó mas dignas. Desde este momento la historia del Paraguay no es mas que el reflejo, el contragolpe de los dolores físicos y morales que asediaban al dictador. Solo, sin familia, viviendo en medio de un sombrío y silencioso edificio, al pasar delante del cual, todos se descubrían la cabeza con misterioso terror, el doctor Francia pasaba en el estudio de los filósofos franceses las horas que no consagraba al despacho de los negocios del país. Muchas veces cuando la noche ha-





bia hecho desaparecer todas las luces de la ciudad, la vacilante luz de una lámpara temblaba aun con pálido reflejo sobre los hierros de una ventana del palacio dictatorial. Era aun el doctor Francia sentado delante de una modesta mesa y ensayando en las sombras traducir las obras de Voltaire. Invisible á todos, aun á los suyos, el dictador recorria á la puesta del sol una calle de la Asuncion para ir á un sencillo pabellon que era su paseo favorito. Desde allí dominaba el curso de su magestuoso rio. Abismado en una triste melancolía, no volvía á su palacio sino despues de haber visto al sol apagar sus últimos rayos del horizonte. Acompañado de un piquete de caballería atravesaba una ciudad desierta, porque todos los habitantes tenían la orden de evitar la presencia del tirano. Desgraciado del anciano sorprendido en su reposo, desgraciado del niño sorprendido en sus juegos si sus débiles piernas no les dejaban alejarse inmediatamente de la sangrienta corte; su cadáver anunciaba bien pronto como el doctor Francia queria ser obedecido. Al fin, despues de treinta años de un impio reinado, la muerte vino á arrebatarse solo y sin socorro en el silencio de su palacio. A esta noticia un grito de alegría y de odio resonó bajo cada cabaña, bajo los árboles de los bosques, y aunque lágrimas hipócritas acompañaron los restos del antiguo dictador, en la noche misma de sus funerales, enemigos sedientos de venganza violaron su sepultura y profanaron su cadáver. Comenzó á renacer la vida por todas partes: las familias, no viendo ya en el hijo, en el hermano, en la mujer el espía del tirano, se abrazaban y estrechaban sus manos como amigos á la vuelta de un largo viaje. Hombres envejecidos en las prisiones ofrecían sus miembros enflaquecidos á las caricias del sol. En medio de esta alegría, de esta inmensa felicidad, se pensó en organizar el Estado cuyo peso reposaba enteramente sobre el antiguo dictador. Un voto universal reunió todos los poderes en don Antonio Carlos Lopez, hombre dulce, instruido y descendiente de una de las mas antiguas familias de la Asuncion. Despues de algunos años de ejercer el poder, nombrado gobernador, reunió con mano firme las riendas del Estado y supo prevenir, si no los crímenes, al menos la peligrosa embriaguez que se apodera de un pueblo al despertar en libertad. Francia habia muerto dejando á la política sin precedentes, la administracion sin reglas fijas. El ejército indisciplinado reinaba como soberano en la ciudad y en los campos, la justicia se vendía por jueces sin conciencia. Fué preciso por un lado construirlo todo, por otro lado derribarlo todo. El pueblo acostumbrado hacia siglos á la servidumbre, dobló otra vez su cabeza bajo las proclamas de Lopez, pero esta vez era para su felicidad.

Adoptó Lopez una marcha lenta y progresiva para constituir el pais, reformando por grados las instituciones. Adoptó la forma republicana. El poder del presidente se fijó en diez años. (Hay dos cámaras, la una la de los diputados, electiva; la otra llamada *consejo de Estado* nombrada por el presidente, el cual es elegido por la cámara. Los servicios eminentes hechos al pais, son un título suficiente para entrar en el *consejo del Estado*. La cámara hace las leyes, el *consejo de Estado* las sanciona. Los códigos españoles, salvo las modificaciones exigidas por la forma de gobierno, son los códigos del Paraguay.

La religion católica es la dominante, tolerándose los demas cultos. El ejército, cuya bella organizacion es debida

al presidente actual y á su hijo, que es general en jefe, y á quien hemos conocido recientemente en Madrid, consta de cerca de cincuenta mil hombres.

La esclavitud existe aun de hecho en el Paraguay; pero la inteligencia sábiamente progresiva del presidente Lopez, ha tomado desde hace once años excelentes medidas para devolver al hombre y á la mujer su dignidad natural, poniendo en armonía las exigencias de los derechos adquiridos de lo pasado con la civilización cristiana del porvenir. Admirables son sus nuevas disposiciones relativas á la esclavitud. Todo individuo nacido de una esclava es libre. Está prohibido comprar y traficar con los esclavos. El dueño está obligado á aceptar del esclavo el rescate de su libertad cuyo máximo se ha fijado en dos mil reales. Esta es la abolición de la esclavitud sábiamente graduada, mil veces preferible á una brusca y completa abolición que daría de repente á los esclavos una libertad mas incómoda para ellos que la servidumbre. Una vez estinguida la generación actual de esclavos, todo entra en el derecho común, porque los hijos de estos son libres de derecho. El presidente Lopez ha hecho tambien que la república del Paraguay, que era un enigma, un misterio, ocupe un lugar entre los países que fijan la atención del mundo. Esta sanción de su independencia que el doctor Francia no se ocupaba en pedir á las otras naciones, la ha obtenido el Paraguay de los otros estados de América y de los de Europa. La Confederación argentina que en el tiempo del dictador Rosas le negaba su existencia, la ha reconocido como república independiente en 1852. Agentes extranjeros á nombre de la Francia, de la Inglaterra, de los Estados Unidos y de la Cerdeña, llegaban á la Asuncion, capital del Paraguay, á principios de 1855, y despues de haber reconocido su independencia firmaban tratados de comercio y de navegación, siendo las primeras transacciones diplomáticas por las que este pais se encuentra unido á la Europa. El presidente del Paraguay ha acreditado desde entonces como ministro plenipotenciario á su hijo el general don Francisco Solano Lopez cerca de diversas cortes de Europa.

Estos actos que son como el rudimento de la existencia exterior del Paraguay, que ponen el fundamento de sus relaciones, coinciden con un cierto movimiento interior de un carácter verdaderamente menos político que material. Hemos visto que el doctor Francia durante su vida habia reducido la industria, el comercio, la administracion, toda la vida entera de este pais á un mecanismo elemental destinado á mantener la inmovilidad moral y material. Ningun establecimiento de educacion, algunas escuelas primarias mal montadas dirigidas por particulares, un clero reducido en su personal, iglesias amenazando ruina, las calles de la capital intransitables en su mayor parte, una parte de la Asuncion amenazada por la crecida de los rios, el palacio mismo del gobierno en el mas completo abandono; tal fué el legado del dictador á su muerte. El nuevo presidente don Carlos Antonio Lopez ha organizado poco á poco las instituciones mas indispensables, ha regularizado la administracion de la justicia, ha creado la policía urbana, ha establecido escuelas de educacion primaria y hasta una universidad, ha provisto á las necesidades de la iglesia, ha abierto caminos de comunicacion. El congreso en su última sesion en 14 de marzo de 1854, quiso prorrogarle por diez años mas el poder de que tan bello



uso había hecho en beneficio del país. No ha aceptado mas que tres años, habiendo hecho reducir á treinta años la edad de los elegibles para la presidencia que hoy era de cuarenta y cinco años. En la próxima reunion del congreso, su hijo habrá cumplido la edad de treinta años, y esto explica la circunstancia de que no haya querido aceptar el poder mas que por tres años. Su hijo hallará entonces, cuando la gratitud del Paraguay le eleve al poder en 1837, grandes ejemplos que imitar en la noble conducta de su

pura de toda mezcla, no presenta sino el sello de un tipo perdido. Los hijos de estos antiguos conquistadores, encerrados en un orgullo que no escusan ni la educacion ni los restos de su pasada opulencia, ven con sorda envidia y un odio no disimulado á los extranjeros introducir en su país la civilización y la industria. Retirados en el fondo de una vieja casa de la ciudad, pasan su vida entre cuentos y chismes de lugar, y en fumar tendidos en blandas hamacas el tabaco del país. Su única ambicion es aparentar una gran opulencia y aparecer elegantes adoptando modas ridiculas y atrasadas. En este país, como en todos los de la América del Sur, las mugeres poseen un sello de buen gusto y de distincion que las hace muy superiores á sus hermanos y á sus maridos.

La segunda clase *mediopelo*, raza cruzada de españoles y de indios guaraní, forma la poblacion típica del país. Numerosa entre los estados tan despoblados de la América, se diferencia esencialmente de los gauchos y de los brasileños. Los hombres fuertes y bien constituidos llevan en su fisonomía una espresion de afabilidad inteligente y resignada. Labradores ó pastores en su mayor parte, poseen las virtudes del hombre del campo, y sobre todo son sóbrios y hospitalarios. Para ellos el mundo entero se encierra en su familia, en su valle, en el campanario de su modesta capilla. Su traje es gracioso, lo llevan con elegancia, usan el poncho y sombrero de paja. Sus mugeres aunque pequeñas, son admirablemente bien hechas: llevan con gracia una ligera túnica blanca bordada de negro que deja adivinar todas las gracias, todos los encantos que apenas oculta: en sus cabellos negros levantados detrás de la cabeza y separados sobre la frente en anchos bandós, brilla siempre una flor de los bosques. El color de su piel parecido al brillo ardiente que arroja un bronce aun encendido, se armoniza admirablemente con el fuego de sus ojos. Son de sangre india que conserva todo el ardor de la voluptuosidad, y guarda al mismo tiempo de la sangre española con que está mezclada la adorable flojedad. Asi este singular contraste, rasgo admirable del carácter mestizo, hace de las jóvenes del Guaraní unas criaturas encantadoras, deliciosas.

La última clase se compone de los indios-robos y payaguas, acampados á la orilla del rio bajo tiendas hechas de bambus y de cañas. Hace muchos años que estos infelices se han alejado de sus bosques y abandonado su vida salvaje, no para venir á gozar de los beneficios de la civilización, sino para recoger el veneno y los vicios de esta. Entregados á la embriaguez mas vergonzosa estas débiles tribus diezmadas cada dia por el aguardiente, el ron y las bebidas espirituosas, concluirán poco á poco por desaparecer.

Viven solos, no se alían jamás ni se unen á los extranjeros, ni á los hijos del país. Por toda industria se dedican á la pesca, á la caza, ó van al Chaco á coger yerba para los animales y ganados de la ciudad. Sin cuidarse de nada van á devorar en seguida á los pulperías (tabernas) el producto de su trabajo y de cuanto ganan.

Presentamos á nuestros lectores el dibujo de estos tres tipos: gracioso y encantador el de las jóvenes del Guaraní, feo y repugnante el de los indios-robos y payaguas, pero los tres fielmente copiados del natural.



Indios payaguas.

padre, a quien la historia de este país mirará como su salvador y el que le ha abierto el comercio del mundo. El territorio del Paraguay es inmenso y reúne todos los elementos de fecundidad. Abierto hoy, gracias al genio de su presidente Lopez, á la civilización, al trabajo, á la actividad humana que podrán penetrar en él en breve, podrá trasformarse en un rico y poderoso estado.

La población del Paraguay, aunque muy difícil de calcular, podrá ascender á seiscientas mil almas, de las que unas veinte mil cerca, habitan en la Asunción. Todo este pueblo forma tres sociedades fáciles de clasificar por su diferencia de raza, de costumbres y de educacion.

La primera clase, descendiente de la raza española